

FUEGO ENTRE TÚ Y YO

Inma Longarela Ceide



Capítulo 1

Capítulo 2

CAPITULO 1

Barcelona, agosto de 1807

_ Supongo que adivinarás a qué se debe esta reunión_ expresó el marqués de Armesto con severidad.

_ Lleváis razón... me lo puedo imaginar_ respondió Nicolás con resignación entendiendo que, en esta ocasión, ninguna excusa sería válida para su padre. Y además... no la tenía. Había recurrido ya a toda clase de justificaciones para retrasar el momento que ahora tendría que afrontar sin remisión.

_ ¿Y bien?_ inquirió el Marqués.

_ ¿Y bien qué?

_ ¿No vas a poner trabas esta vez?

_ ¿Valdría de algo?_ Por primera vez Nicolás le miró directamente a los ojos, ligeramente esperanzado, intentando adivinar en la expresión de su padre si aún le quedaba alguna posibilidad de esquivar por un tiempo el, a su entendimiento, terrible momento que le convertiría para siempre en un hombre adulto, responsable y aburrido. No es que hasta ese momento se hubiera comportado como un atolondrado e irresponsable; más bien al contrario, había demostrado que era capaz de asumir responsabilidades y llevar a buen término cualquier cosa que emprendiera. Se consideraba un hombre serio, según para que cosas, y un hombre de honor que una vez daba su palabra, jamás se volvía atrás. Pero casarse...

Nicolás odiaba aquella clase de normas impuestas que daban por sentadas ciertas obligaciones, como la de contraer matrimonio antes de haber sobrepasado cierta edad, la de traer hijos al mundo para perpetuar el

apellido o la de acudir los domingos a misa.

Incluso sus mejores amigos habían tratado de convencerle para que diera el paso cuanto antes. No dejaban de alabar la vida marital. Esa que, decían, le convertiría en el perfecto caballero, amante esposo y padre de una recua de mocosos que, según ellos, le darían muchas alegrías...

_ Nicolás, me sorprende tu silencio. Te advierto que esa cara de cordero a punto de ser degollado, no me conmovió.

El marqués aguardó alguna respuesta. Al no recibirla y con cierto recelo, continuó:

_ Tus miedos no tienen fundamento, hijo. Comprenderás que con treinta y cinco años cumplidos no debes retrasar más el momento de unirse a una buena mujer y tener tus propios hijos. Tú eres hijo único, yo ya voy mayor, tu santa madre llora por las esquinas y pone velas a todo el santoral para que le concedan el deseo de abrazar algún nieto. ¿No harás eso por tu madre?... ¿Es que te has quedado mudo?_ gritó de repente, alterado_ ¿No piensas decir nada?

Nicolás se puso en pie, dándole la espalda.

_ ¿Cómo es?_ preguntó.

_ ¿Cómo es qué?

_ Mi... futura esposa.

_ Bueno, es... es... dicen que es un encanto. Dicen que es la mejor de las dos hermanas. La otra, la mayor, está casada y todo el mundo habla maravillas de ellas. La mayor ha arreglado un buen matrimonio, gracias a Dios. Tu futuro cuñado sirvió en el ejército. Te llevarás bien con él, puesto que ya tenéis algo en común.

_ ¿Es bonita?

_ ¿Qué si es...? ¡Por el amor de Dios! ¿Qué importa eso?_ respondió con enojo_ Las mujeres guapas, esas en las que tú siempre estás pensando, son para otra cosa. Tú lo que necesitas es una buena mujer ¿estamos? Y estoy informado de que ésta lo es y... ¡no me des la espalda mientras te hablo!_ le reclamó airado.

Nicolás se giró y con el ceño fruncido y los ojos escrutadores mantuvo la mirada fija en su padre.

_ Es fea.

_ ¡Diantre!, no lo sé_ esta vez fue el marqués el que, contrariado, le dio la espalda a su hijo.

_ ¿Quiere que me case a toda costa con una mujer a la que ha alabado durante meses y ni siquiera la ha visto una vez? Supuse que se tomaría la molestia, dada su insistencia en que tenía que ser esa y no otra, de al menos, saber que aspecto tiene.

_ Hijo... es una de las mejores familias de la comarca... que digo... ¡del país!_ se justificó, avanzando de frente hacia él_ Te juro que todo lo que ha llegado a mis oídos sobre esa muchacha, es bueno. Nicolás... no te obceques en hacer difícil algo que, ya lo verás, te resultará sorprendentemente fácil. En cuanto a... bueno, ya sabes... esa mujer de la que dices estar enamorado... todo seguiría igual. Contraer matrimonio no te restará libertad para... ya me entiendes, tendrás que ser un poco más discreto, eso sí, pero... en fin, tú ya sabías que no ibas a casarte con ella ¿no? Hijo, yo sé bien lo que te digo, eso pasará. Un día te cansarás de ella y créeme, te gustará tener en casa a una esposa que te recibirá siempre con los brazos abiertos y que te dará el cariño y los cuidados que todo hombre necesita... ¿hijo?_ le interrogó con la mirada, sorprendido ante su mutismo.

_ Está bien. Cúmplase su voluntad, padre, que no la mía. Esa mujer u otra ¡que más da! A propósito, ¿cómo se llama?, ¿al menos sabrá su nombre?

_ Sofía_ respondió, sin poder disimular su satisfacción. Suspiró aliviado puesto que su pose de severidad escondía, aunque su hijo no lo sospechara, el intenso temor de que no respondiera a sus ambiciosas expectativas.

_ He concertado una cita. El viernes tendrás la ocasión de conocerla. Parece ser que quiere ponerte al tanto de ciertas condiciones que desea imponerte antes del matrimonio... ¡criatura!, tonterías propias de la juventud... no te preocupes. Me imagino que te pedirá que durante un tiempo al menos, la dejes visitar a su familia con regularidad, o quizás haya elegido ya la casa en la que desea que os vayáis a vivir después de casados, tú ya sabes... cosas de mujeres que no deben preocuparte. Cuando os hayáis casado ya tendrás ocasión de moldearla poco a poco y a tu gusto... en fin, ¡que alegría se llevará tu santa madre! ¿Me acompañas para darle la buena nueva?

Nicolás, en silencio y extrañamente sumiso, siguió los pasos de su padre. Sentía una inquietud que le preocupaba. Un nerviosismo que no se debía a su ya irreversible compromiso, que con gran resignación, había aceptado. Era algo más. Eran las palabras de su padre que le martilleaban

el cerebro una y otra vez, "... ciertas condiciones que desea imponerte..."

_ Hmm...

_ ¿Qué has dicho Nicolás?_ preguntó, creyendo percibir un sonido incierto.

_ ¿Qué?... , nada padre, no he dicho nada.

_ Me había parecido oírte...

Ambos continuaron caminando hasta llegar al salón, donde la marquesa se entretenía bordando. Nicolás observó con atención el rostro marchito de su madre que, distraída, no había advertido la presencia de su hijo y de su marido. Se dio cuenta de que, si alguna vez debía hacer algo que complaciera a su querida madre, ese era el momento. Por primera vez en mucho tiempo prestó verdadera atención al aspecto envejecido, aunque cuidado, que ofrecía. Si lo demoraba, quizás fuera demasiado tarde. Entonces observó a su padre, que tiernamente besaba a su esposa en la frente y comprendió. Teniendo en cuenta lo evidente del amor que sentían el uno por el otro, no le sorprendió entender de repente, que la insistencia de su padre en su casamiento era debida, por encima de cualquier otro motivo, a que deseaba hacer feliz a su esposa. Al ver las amplias sonrisas que le dirigían los dos seres que más amaba en el mundo, supo que, sin lugar a dudas, su sacrificio valía la pena. Sus padres deseaban su felicidad. Él deseaba cumplir sus deseos antes de que la cruel vejez y su irremediable desenlace fatal se los arrebatase para siempre... aunque para ello tuviera que casarse.

Capítulo 3

_ La muchacha te espera en el jardín_ anunció el marqués desde la entrada del salón_ Lo ha preferido así, ¿tienes algún inconveniente, hijo? Se ha quedado embelesada con las rosas que tu madre cuida con tanto esmero o más que con el que me cuida a mí... Al menos ya sabemos que tienen algo en común... ¿Hijo... me estás escuchando?, ¿Qué haces ahí parado mirando por la ventana?, tu prometida te está esperando...

El marqués asistía a la impasibilidad de su hijo esforzándose por contener su inquietud. ¿Se habría vuelto atrás? Su mutismo le preocupaba. Sólo habían pasado tres días desde que Nicolás había accedido a su matrimonio con aquella mujer. ¿Serían suficientes tres días para que se arrepintiera de su decisión?

El marqués, afectado por la cólera que poco a poco se apoderaba de él, percibió claramente las mejillas encendidas, ruborizadas por un intenso calor. Como un volcán en erupción, se preparaba para expulsar todo tipo de improperios contra su irrespetuoso hijo.

_ Es pequeña.

_ Eh...

_ Es una mujer pequeña, padre. La estoy contemplando desde aquí.

Las mejillas del marqués recuperaron su tono blanco amarillento y recobrando la compostura, ya más aliviado, se acercó presto al ventanal, al lado de Nicolás.

_ Hijo... ¿qué tiene eso que ver?, tiene una bonita figura... Tu madre es pequeña como ella y te juro que nunca eché en falta que tuviera una estatura mayor... ¿no irás a echarte atrás por ese insignificante detalle?, además, la ves pequeña porque tú eres un hombretón, pero eso...

_ Le dije que me casaría, padre, y cuando doy mi palabra sabe que no me echo atrás_ le interrumpió, expresándose con firmeza.

El marqués vio como Nicolás desaparecía tras la puerta, momento que aprovechó para tomar el pañuelo de su bolsillo y secarse el sudor de la frente que le había provocado aquel momento de tensión.

Al fin, suspiró aliviado. Dirigió sus ojos de nuevo al exterior, para contemplar con satisfacción el momento en que Nicolás tomaba la mano de la muchacha y posaba sus labios en ella, en el que ya era el primer

encuentro formal entre su hijo y su futura nuera.

Fue impactante para Nicolás ver el rostro de aquella mujer menuda. No pudo evitar que sus ojos se posaran en aquellos labios, nada más girar su pequeña figura hacia él. Un detalle sorprendente, teniendo en cuenta que donde posaba sus ojos por primera vez cuando tenía una mujer hermosa ante él, era en su escote. Si sus labios llamaron su atención, no fue menor la expectación que sintió al verla sonreír. Si curioso era que la parte superior de sus labios fuera llamativamente más carnosa que la parte inferior –lo que le daba un toque tremendamente sensual- no era menos excitante el hoyuelo que se formaba en su barbilla al sonreír.

No, no era voluptuosa como las mujeres que solía frecuentar. Pero era bonita... muy bonita. Parecía dulce y buena. Agradable y armoniosa. Con encanto.

Respiró aliviado para sus adentros. El primer paso estaba dado. Y en verdad no había sido tan terrible como él se había imaginado. Incluso se sorprendió a sí mismo reconociendo que le expresaría a su querido padre su gratitud por tan agradable elección.

_ Mi querida dama, es un placer conocerla por fin_ expresó con galantería.

_ Caballero, un placer igualmente para mí. Aunque dudo mucho que siga considerando tan placentero este momento cuando le haga saber mis condiciones para la realización de nuestro hipotético futuro matrimonio.

Nicolás comprendió, atónito, lo errado de sus impresiones sobre aquella criatura, aparentemente frágil y femenina. No recordaba otro momento de su vida en el que se enfrentara a alguien sin saber cómo actuar. Sin atreverse a decir una palabra, continuó atento a las consideraciones de aquella desconcertante mujer.

_ Vamos, no me mire así. Para empezar, si lo desea, podemos cancelar el compromiso antes de ir a más. Todavía no se ha hecho público. Esta es una entrevista entre usted y yo, a solas, con la única intención de deliberar y llegar a un acuerdo sobre nuestro futuro o, por el contrario, olvidar para siempre el compromiso.

_ No la entiendo... _ Nicolás comprendió que ni en un campo de batalla se encontraría tan desorientado como frente a la situación en la que se encontraba.

_ Está bien. Seré concreta. En primer lugar, iremos a vivir nosotros solos. El lugar es lo de menos... así tendremos más libertad... ya me entiende..._ aquella mirada cómplice desarmó la contención que, a duras penas, podía mantener. Dispuesto a replicar abrió la boca y alzó su mano, pero de nada

le valió.

... en segundo lugar, quiero dejar claro que soy una mujer independiente, nada sumisa, aunque tampoco irrespetuosa. Sé de las obligaciones que conlleva el matrimonio y me atenderé a todas ellas, excepto a una que, si estáis de acuerdo, pospondré hasta que haya pasado un año.

Nuevamente Nicolás trató de replicar, sin éxito. La pequeña damisela lo estaba incomodando sobremanera. Mantenerse callado ante la osadía de aquella mujer, le estaba resultando de lo más irritante.

_ Nicolás... ¿puedo llamarle Nicolás?_ Sofía continuó hablando, sin esperar respuesta_ seamos sinceros, éste es un matrimonio de conveniencia. No tenemos por qué querernos, no tenemos por qué gustarnos..., pero debemos respetarnos, eso sí. Conozco su fama de rompecorazones y de libertino. Sería una tonta si pretendiera enamorarme de usted_ continuó, mostrando cierta altivez_ Y además, eso no me causaría más que sufrimiento. Y esa no es mi meta en esta vida. Sabiendo eso, así como sé que yo tampoco soy el tipo de mujer que vos soléis frecuentar o el tipo de mujer que podría conseguir que enloquecierais de amor... sabiendo todo eso Nicolás, creo que podríamos tener una vida cómoda en la que los dos, respetuosamente, podríamos vivirla disfrutando de las cosas que nos gustan sin restar libertad al otro... ¿no cree, Nicolás?

Presto para responder, Nicolás, de nuevo, calló resignado.

... claro que si no le parece bien, como ya le dije y dado que tengo el permiso de mis tutores para rechazar su propuesta de matrimonio –en parte debido a una segunda propuesta, pendiente de resolución- olvidaríamos esta conversación y modificaríamos nuestros planes futuros.

Nicolás inspiró profundamente. Indudablemente no estaba preparado para aquel momento... ni para aquella mujer. Su mente bullía tratando de averiguar cual sería la forma correcta de actuar ante una situación insólita como aquella. Por mucho que trataba de recordar, jamás le habían referido que una mujer fuera quien de poner condiciones ante su futuro esposo. Estaba seguro, eso sí, de haber oído que era la mujer la que le debía respeto y obediencia al futuro marido, fueran cuales fueran las circunstancias.

Desconcertado como estaba, tardó un tiempo en darse cuenta de que, por fin, la dama había detenido su retahíla y le miraba atentamente.

Fue entonces cuando, supuso, era su momento. El momento de poner a la damisela en su lugar y mandarla al diablo.

Cuando se disponía a hacerlo y ella comenzó de nuevo con su diatriba, se arrepintió de no haber sido más veloz. Aún a riesgo de comportarse de forma grosera con la dama –algo imperdonable en un caballero- sabía que de alguna forma tenía que hacerla callar. Sin embargo, al prestar atención a sus palabras, comprendió que, era él el que, atónito por lo que oía, se quedaría mudo y sin ganas de replicar.

__... y como iba diciendo, ésta es una condición inalterable... compréndame Nicolás, soy muy joven para traer al mundo a una criatura. Sólo es un año... no le pido mucho. Un año sin consumir el matrimonio, aunque... comprenderé que no esté de acuerdo. Claro que en ese caso, como le dije, cancelaremos nuestra futura unión.

__ Discúlpeme, se lo ruego...__ fueron las únicas palabras que Nicolás acertó a pronunciar, tras lo cual, después de saludarla cortésmente, se dirigió con paso apresurado hacia el interior de la mansión.

Era tal la furia que le embargaba, que a punto estuvo de desequilibrar a su padre y hacerle caer, cuando se topó de bruces, en el ancho pasillo, con él.

__ ¡No me caso!__ rugió y prosiguió su camino hacia el interior del salón.

__ ¡Hijo! ¿Qué ha...?

Ver a Nicolás tan alterado provocó en el marqués un angustioso momento de desolación. Su pretensión para conseguir que su hijo sentara de una vez la cabeza había fracasado una vez más. Se mantuvo inmóvil, resignado y abatido, tratando de encontrar la manera de explicarle la decepcionante situación a su querida esposa.

__ ¡Me caso!__ expresó con enojo, regresando sobre sus pasos.

__ ¡Hijo!, ¿es que quieres volverme loco?, ¿te casas o no te casas?

El marqués observó compungido cómo Nicolás avanzaba de nuevo hacia el jardín. Sumamente inquieto, adivinó que aquella actitud de su hijo no traía nada bueno. Permaneció en el pasillo, aguardando nervioso el desenlace sobre la inusitada reacción de su hijo.

__ Señorita... espero me disculpe por mi repentina y descortés desaparición. Era un asunto realmente urgente el que tenía que resolver.

__ ¡Oh, no tiene que disculparse! Y por favor, no se avergüence, es algo que puede sucederle a cualquiera__ le respondió con una sonrisa condescendiente, al suponer que un malestar intestinal repentino –quizás debido a los nervios de un acontecimiento tan importante- le había

obligado a desaparecer de aquella forma.

Nicolás frunció el ceño, hasta que por fin comprendió lo que la dama había supuesto. Trató de rebajar la tensión que sentía, razonando que no estaría bien visto que estrangulara a la novia aún antes del casamiento.

_ Y bien, ¿acepta mis condiciones? Quiero su palabra de honor de que las cumplirá.

_ Por supuesto. Como bien ha dicho, no nos une ningún sentimiento. No será difícil para mí soportar la falta de relaciones íntimas, teniendo en cuenta, además, que ciertas necesidades, como bien sabe usted, puedo satisfacerlas de otra forma y en otros lugares, aunque... me pregunto si a vos os será tan fácil resistir la tentación...

Por primera vez, Sofía comprobó en carne propia que la fama de seductor de la que gozaba su futuro esposo era merecida cuando, mientras le lanzaba aquella provocación, la miraba intensamente y con una maliciosa sonrisa. Y se preguntó si realmente no flaquearía alguna vez ante el intenso atractivo de aquel hombre.

A su mente acudieron las palabras de la persona que la había aconsejado sobre la forma de actuar con Nicolás y cómo ella, con gran convencimiento, había afirmado rotunda que no caería en la tentación.

_ "...sí, sí... ahora piensas así, pero ya verás cuando comiences a tratarle y sobre todo, cuando lo tengas cerca... tendrás que ser muy fuerte para no sucumbir a sus encantos durante todo un año..."

¡Engreído!_pensó, tratando de despejar aquella intensa emoción que no debía sentir... aún.

Capítulo 4

Los acontecimientos se sucedieron con una rapidez vertiginosa. Poco tardó Nicolás en acostumbrarse a la presencia de Sofía. Era tal el alegre alboroto que provocaba, llenándolo todo con su presencia que, por primera vez en mucho tiempo, pareciera que la casa se había llenado de vida, no con una mujer, sino con veinte. Allí donde miraba siempre asomaba ella. Si se hallaba fuera del alcance de su vista, la oía reír. Él aprovechaba cualquier momento para observarla minuciosamente, siempre y cuando estuviera seguro de que ella no lo advertía. Había logrado identificar sus mohines, sus expresiones traviesas, sus gestos obsesivos, como el de tocarse la punta de la nariz con el dedo índice, cada vez que parecía meditar sobre algo.

Una semana antes de la boda, Nicolás se había formado una imagen detallada sobre su físico. No así de su interior. Ciertamente, tras innumerables conversaciones, creía conocer algo más sobre su personalidad pero, tenía la certeza de que aquella mujer escondía mucho más de lo que mostraba. Su curiosidad sobre ella, lejos de amainar, después de verse casi diariamente durante los últimos tres meses, iba en aumento. Ella y sólo ella era el motivo de que desatendiera a sus amistades, olvidara sus partidas de cartas o visitara con menor asiduidad a su amante que, comenzaba a reclamarle sobre el particular. Sin embargo, lejos de echarlo de menos, tenía que reconocer que cada día que pasaba se sentía más a gusto en casa. Ver a sus padres con una permanente sonrisa, felices y dedicados en cuerpo y alma, a los últimos preparativos de la boda, le compensaba con creces. De una cosa estaba seguro. Su madre y su futura esposa, a pesar de la diferencia de edad, se habían convertido en las mejores amigas. Y su padre había dejado a un lado su severidad para con él y ahora exhibía una actitud tan agradable y complaciente, que dudaba seriamente que fuera el mismo hombre que él creía conocer.

Dos días antes de la boda, sin embargo, reconoció en el semblante de su padre, de nuevo, aquel gesto hosco y huraño tras regresar a casa, cerca de mediodía, con una borrachera colosal acompañado de dos soldados, gracias al apoyo de los cuales, conseguía mantener, a duras penas, el equilibrio.

Sus progenitores, dada la tardanza de su hijo, consumidos por la preocupación, acudieron con rapidez al porche en cuanto oyeron acercarse

los jinetes.

Los soldados, después de trasladar a Nicolás a sus aposentos y acomodarlo en su cama, se dirigieron a sus padres para aliviar su preocupación, puesto que el lamentable estado de su hijo se debía, simplemente, al hecho de que había deseado disfrutar de su última noche de soltería en compañía de un grupo de amigos y se había excedido con la bebida.

_ ¡Este hombre no cambiara nunca!_ auguró la marquesa con pesar.

- Cambiará, mujer, cambiará. Verás en cuanto se case... _ la tranquilizó su esposo.

Capítulo 5

CAPITULO 4

Numerosos invitados acudieron a la ceremonia y al banquete posterior. Sobresalientes miembros del ejército acudieron gustosos a la celebración. Y, como no podía ser de otra forma, un gran número de soldados acompañaron a su estimado coronel, Nicolás, en el día más importante de su vida. Acudieron también, importantes personalidades de la nobleza, correspondiendo a la invitación de tan ilustre y apreciada familia. Todo el mundo había alabado, en su momento, la decisión de Nicolás de incorporarse en el ejército al servicio de S.M. Carlos IV, aunque, sin duda, lo que más apreciaban era el trato amable que demostraba siempre, sin distinción de clases ni discriminación alguna.

Durante el banquete, apenas tuvo tiempo de intercambiar unas palabras con su esposa. Entre plato y plato de una comida deliciosa, elegida con esmero para la ocasión, Sofía, deliberadamente en opinión de Nicolás, mantenía una interminable conversación con su suegra, a la que habían situado al lado de la novia. Los cuchicheos y las mal disimuladas miradas hacia su persona, entre su adorada madre y Sofía, tenía que reconocer, le incomodaban. Era desconcertante para él, siquiera pensar, que ambas pudieran estar tramando algo a sus espaldas. Poco tardó en descartar tal posibilidad tras convencerse a sí mismo de lo absurdo de su desconfianza. Su propia madre y su esposa no podían estar, de ninguna manera, confabuladas contra él.

En algún momento, su padre, sentado a su derecha, le recriminó su falta de atención a los consejos que, como buen padre, quería transmitirle sirviéndose, como decía, de su larga experiencia como esposo y padre. El motivo de su distracción no era otro que la alegre sinfonía que se colaba a cada rato en sus oídos, disfrazada en las risas de Sofía. Llegó a la conclusión de que nunca había oído una risa tan espontánea en ninguna mujer que hubiera conocido antes. Reconocer que cada día que pasaba le gustaba más aquella mujer ¡su mujer!, le ponía sumamente nervioso. Y cuando recordaba que, como un iluso, había prometido no tocarla durante todo un año, el nerviosismo se intensificaba con un sudor frío. Sólo una remota posibilidad le infundía ánimo para soportarlo. El hecho de que en sus manos estaba convencerla, a través de la seducción, de que doce

meses era demasiado tiempo. Como un diablillo tenía que conseguir hacerla caer en la tentación. Si era ella la que sucumbía sin remisión, jamás se le podría echar en cara que era él quien había faltado a su palabra.

Inmerso en sus cavilaciones, sus ojos se toparon de repente con los de Sofía, que le observaba en silencio y con una intensidad que le sobrecogió. Que él recordara, era la primera vez que se miraban como si el mundo a su alrededor dejara de existir. Tal revelación, le dejó perplejo, provocando una reacción en cadena de tensión sexual a lo largo de todos sus músculos. Se previno a sí mismo. Debía ir con cuidado. No debía perder el control. Lo que se removía en su interior le asustaba. Aquellas sensaciones eran desconocidas para él. Se había cuidado mucho, durante toda su vida, de mantener a raya sus emociones y lo que le estaba ocurriendo con su mujer comenzaba a preocuparle. No cruzaría la línea. Seducirla sí, pero no se permitiría otra cosa que no fuera eso.

Capítulo 6

Nicolás soportó con dificultad el transcurrir de los días adjudicados a la luna de miel. Una mansión en la comarca de Maresme, cerca del mar, había resultado a ojos de todos, el idílico lugar para compartir las primeras semanas de vida en común de la encantadora pareja. Sin embargo, para el novio, obligado a contener sus más bajos instintos, confinado en la más remota aunque opulenta estancia y resignado a mantener la apariencia de un devoto y abnegado esposo, aquello se estaba convirtiendo en un suplicio.

Todos sus encuentros rutinarios se realizaban con corrección y amabilidad. Pero, por alguna razón, ambos rehusaban mirarse a los ojos, manteniendo largos y, a veces, tensos silencios. La camaradería que habían desplegado mutuamente antes de la boda, había desaparecido.

La noche anterior a su regreso a casa, dando por finalizada la luna de miel, sin embargo, algo cambió. Obligados por cortesía a asistir al baile que se ofrecería en su honor se encontraron, de forma insospechada, en una situación que les obligaba a mantener una cercanía corporal que Sofía había tratado de evitar a toda costa, en las pocas semanas que llevaban casados. Nicolás, sin embargo, aprovechó la tesitura para comportarse de forma maliciosa y provocativa en el momento que, a ritmo de vals, sujetaba el cuerpo de su esposa entre sus brazos.

Habían evitado ese momento. Ambos habían desplegado sus encantos, avivando conversaciones con unos y con otros. Sofía, con su innata alegría encandilaba tanto a las damas como a los caballeros. Nicolás, por su parte, exceptuando los momentos en que, con disimulo, buscaba a Sofía con la mirada, transcurría la velada imbuido en entretenidas conversaciones sobre los rumores que, debido a la proximidad de la guerra, generaban tanto nerviosismo entre el pueblo.

Transcurridas las horas, los invitados comenzaban a acusar el cansancio. El fin de la velada estaba próximo.

Para Sofía, el decaer de la fiesta, era un alivio. El efecto del licor que, de una u otra forma siempre terminaba en sus manos, le producía un acaloramiento y un vértigo que dificultaba, cada vez más, su concentración. El mantenerse despejada para seguir el ritmo de las conversaciones que mantenía, cada vez requería de un mayor esfuerzo

por su parte. En algún momento fue consciente de la presencia de Nicolás, que se había incorporado a la charla. Tuvo que admitir que no sabía cuanto tiempo llevaba allí, a su lado.

A pesar del aturdimiento, Sofía dio un respingo cuando escuchó la algarabía que se formaba, ante el clamor insistente de unos pocos, que reclamaban a los recién casados su salida a la pista de baile. No tuvo tiempo de negarse, con la excusa de que todo comenzaba a darle vueltas. Confusa, se dejó llevar por él. Quizás Nicolás interpretó, de forma equivocada, la actitud de Sofía, que se aferraba a él con fuerza, temerosa de desmoronarse. Cuando él rodeó su cintura con una firmeza que la pilló desprevenida y sintió la presión de su cuerpo contra el suyo, contuvo la respiración. Nicolás, lejos de acelerar sus pasos para seguir el compás de la música, envolvió a Sofía con movimientos lentos y suaves consiguiendo que se relajara al fin entre sus brazos.

Nunca le había tenido tan cerca como para sentir sus respiraciones acompasadas y profundas. Nunca tan cerca como para respirar su aliento. Descubrió su olor. El que hasta ese momento había permanecido camuflado tras el aroma a lavanda de su ropa limpia. Fue impactante para ella. Impactante porque descubrió que su proximidad hacía tambalear su firmeza. Conocía su fama y ella no quería ser una más. Había prometido ante su aliada que no sucumbiría a sus encantos durante un año. Si flaqueaba perdería su oportunidad, quizás para siempre, de conseguir lo que anhelaba. Aquello, a lo que no estaba dispuesta a renunciar.

Nicolás, consciente de que su excitación crecía por momentos, apretó con más fuerza el cuerpo de Sofía contra el suyo. Ella, consciente de cuales eran sus intenciones, se separó con dificultad y le dirigió una mirada de claro reproche.

Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa maliciosa y traviesa. Al instante, la atrajo hacia sí de nuevo, con fuerza, y le susurró al oído.

_Mi querida esposa ¿crees que no sé distinguir cuando una mujer me desea?

Sofía trató de zafarse de su fuerte sujeción, pero fue inútil.

_Créeme... no tardarás un año en caer.

Le causaron tal furia las palabras de Nicolás que, esta vez sí, se separó de él con tal ímpetu que a punto estuvo de perder el equilibrio.

Aliviada al comprobar que ya no eran el centro de atención, se dirigió

con las mejillas encendidas de pudor y de furia hacia la salida.

Sí, algo había cambiado a partir de aquella noche. Sofía tenía ante sí al cazador dispuesto a saltar sobre su presa. Desde entonces, él no rehuía su mirada, sino todo lo contrario. No perdía ocasión de transmitirle a través de sus ojos, un desafío.

Capítulo 7

CAPITULO 6

Sentados uno frente al otro en los asientos del carruaje, emprendían la vuelta a casa.

Sofía mantenía constantemente aquel simpático mohín, con el que quería transmitir a Nicolás que se sentía muy ofendida por su comportamiento la noche anterior.

Nicolás, sin embargo, mantenía una mirada insinuante y una casi permanente sonrisa que a ella la enfurecía cada vez más. En un intento de acercar posturas, aprovechó la ocasión para intentar ganarse su confianza.

_ Y dime, Sofía ¿han sido agradables para ti estos días?

_Por supuesto Nicolás. No tengo ninguna queja.

_ Hmm... volveremos algún día entonces, si te parece.

Me parece bien. Algún día le respondió.

Quizás dentro de un año podamos disfrutarlo con más... digamos... con más intensidad... sugirió provocador.

Cuando Sofía entendió la doble intención de sus palabras desvió la mirada y enrojeció turbada. Trató de mantener la compostura, pero el recuerdo que aparecía traicionero, de la proximidad de su cuerpo durante el baile, hizo que sus mejillas se ruborizaran con tal intensidad que dirigió la mirada hacia su regazo, deseando que él no adivinara en su rostro lo azorada que se sentía.

Él no dejaba de escrutarla en todo momento, lo que la hacía sentir cada vez más inquieta.

_ ¿Por qué un año, Sofía?, ¿por qué has elegido ese plazo exactamente hasta que nuestro matrimonio se convierta en lo que debería ser desde un principio?

_ ¿No estarás pensando en faltar a tu palabra?_ le reclamó.

_ No, no temas. Serás tú quien rompa este absurdo acuerdo_ afirmó convencido.

_ ¿Qué te hace pensar tal cosa?, ¿no eres un poco presuntuoso al pensar de esa manera? ¿Crees realmente que no hay una mujer en el mundo que sea capaz de resistirse a tus encantos?

_ Aunque así fuera, ¿debo recordarte que tú eres mi mujer?

Sofía descubrió que oír de sus labios la reclamación de su posesión sobre ella, lejos de incomodarla, la satisfacía más de lo que estaba dispuesta a aceptar. Pero, orgullosa por naturaleza, en sus planes no entraba dedicarse sumisa, en cuerpo y alma, a su esposo. Eso era algo que Nicolás tendría que terminar por aceptar y respetar.

_ Un año, Nicolás, lo prometiste.

Capítulo 8

Sofía recorrió maravillada cada una de las estancias de su nuevo hogar. Nicolás la seguía, complacido. De vez en cuando, ella le dirigía una de aquellas sonrisas que llenaban su alma de lo que él consideró lo más parecido a la felicidad. Descubrir tal sensación le causó terror. Su expresión se volvió sombría. No reconocía aquel sentimiento. Nunca le había ocurrido. Nunca había pasado por su mente la idea de renunciar a divertirse. Había asumido que tenía que casarse pero, la posibilidad de llegar a enamorarse de una mujer desconocida y elegida por otros, nunca se la había planteado. Sin embargo, estaba ocurriendo. Su vida anterior de juergas, desenfreno y lujuria le resultaba ajena. Sintió un vértigo indescriptible y huyó.

Sofía regresó tras ojear las cocinas justo a tiempo de oír el estruendoso portazo. Desconcertada, abrió la puerta y vio cómo se alejaba al galope a lomos de su caballo. Cerró la puerta lentamente y se mantuvo quieta sin dejar de cavilar cual podría ser el motivo de tal reacción.

Dado que dormían en alcobas separadas, Sofía no supo la hora del regreso de su marido. Acostada en su cama, con una mezcla de sentimientos que iban desde el enojo a la preocupación, pasando por la decepción, recordaba el bochorno que había soportado cuando, después de asegurar al servicio que, sin duda, su marido regresaría para cenar con ella en su primer día de estancia en su nueva casa, observaba los rostros contrariados de los sirvientes que, con disimulo, la miraban compasivos.

¡Inaceptable!, esa era la palabra. La había avergonzado ante todos, sin una pizca de remordimiento.

Desayunó sola. El mayordomo, con actitud extremadamente servicial la había informado de que el señor no la acompañaría hasta la hora de comer.

La mañana se convirtió en un tormento. No reconocería jamás, ni ante sí misma, que padecía unos celos infernales. La abatía el dolor que sentía al imaginar a Nicolás en brazos de otra mujer. No era difícil deducir donde pasaba la noche un hombre cuando abandonaba su casa y odiaba tener que reconocerlo, porque se sentía culpable.

Su esfuerzo por mantenerse inexpresiva ante Nicolás durante la comida desapareció en el instante en que hincó la rodilla en el suelo ante ella y suplicó su perdón, tras lo cual, tiernamente, posó un beso sobre su frente

al tiempo que le entregaba aquel obsequio. El envoltorio, de terciopelo negro, protegía el misterioso regalo que él le ofrecía.

_Ábrelo, espero que lo aceptes y sea de tu agrado en compensación por mi grosero comportamiento de ayer.

Indecisa, lo observó sin atreverse a saciar su curiosidad.

_ ¿Es que no vas a perdonarme?

Nicolás permanecía de pie, a su lado, a la espera. Había borrado la sonrisa de su cara ante el temor de que su esposa despreciara, no sólo aquel presente, sino su arrepentimiento también.

Con timidez, acarició el tacto del terciopelo, sumiendo a Nicolás en la inquietud. Era la primera vez que se hallaba ante una mujer que al recibir un regalo no saltaba de alegría y agradecimiento. Sin duda, había muchas cosas que todavía no conocía de su esposa.

Reconocía la gravedad de su comportamiento. Abandonar a su esposa durante la primera noche que pasaban en el que sería su hogar, era imperdonable. Y más, sin un motivo aparente. Lo que Sofía desconocía era su pernoctación en el establo. Había regresado a casa, sí. Había regresado tarde, tras recorrer a lomos de su caballo la distancia que le llevaría a los brazos de la amante a la que apenas había visitado un par de veces en los últimos meses. Fue al llegar a su puerta cuando se dio cuenta, sorprendido, que lo que encontraría dentro, ya no le importaba. Jamás lo hubiera imaginado. Meses antes, el deseo por aquella mujer era casi obsesivo. Después de tanto presumir ante todos por haber conseguido a la mujer más hermosa de la ciudad, ahora no sentía nada. Bien era cierto que jamás había tenido intención de formalizar la relación entre ellos, si bien ese era precisamente uno de los motivos por los que, despreocupado, acudía casi cada noche junto a ella. Sentía que había transcurrido una eternidad desde la última vez que la había visitado y su matrimonio con Sofía. Reconoció al fin, que allí ya nada tenía que buscar porque no lo hallaría.

Su intención varió y trató de localizar a alguno de sus viejos amigos, pero tampoco halló lo que buscaba. Por último, con una botella de brandy y su caballo como única compañía, regresó a casa.

El brandy cumplió su función durante el trayecto de vuelta y para cuando se apeó de su caballo en el establo, los únicos pasos que acertó a dar sólo le mantuvieron en pie el tiempo suficiente para localizar el jergón de paja y caer sobre él, aturdido y somnoliento. Aquella aciaga noche había sido, lo que consideraba ya, como su última noche de libertino y vividor, como también daba el punto de partida hacia el objetivo que se perfilaba en el horizonte. La conquista de la mujer que ocupaba gran parte

de sus pensamientos. La conquista de su esposa.

La expresión de los sirvientes, que permanecían a la espera de poder servir la comida, era distinta ahora a la de los rostros compungidos de la noche anterior. Ahora, con disimulo, mostraban otra, que indicaba la satisfacción que les producía el comportamiento galante del señor para con su esposa. Tan expectantes como Nicolás, esperaban a que ella aceptara el obsequio que tenía ante sí. Sabiendo por experiencia lo generoso que solía ser su señor, estaban seguros de que el valor de aquel regalo no defraudaría a quien lo recibiese.

Cuando al fin Sofía tuvo ante sus ojos el collar de esmeraldas, se vio forzada a contener una exclamación. ¡No había visto nada tan bello en toda su vida!

_ Tendría que haber llegado a tus manos anoche. Solo puedo decir que lo siento enormemente. No volverá a suceder.

Ante aquella sentida disculpa Sofía cedió.

_ Es... es tan hermoso... me parece excesivo...

_ Nada es excesivo para solicitar tu perdón_ la interrumpió_ como tampoco es excesivo que yo trate de demostrarte mi absoluto respeto y consideración. Sólo espero que tengas a bien olvidar mi mal comportamiento y podamos empezar una vida juntos en nuestra casa, sin un solo mal recuerdo. ¿Puedo suponer por tu sonrisa entonces, que lo bueno entre nosotros comienza a partir de ahora?

Sofía tardó un instante en interpretar el incierto significado de sus palabras.

_ ¿Qué quiere decir "lo bueno"?_ inquirió alerta.

_Hmmm... _ se limitó a responder, curvando sus labios en una enigmática sonrisa_ Ya pueden servir el almuerzo_ ordenó a los sirvientes, dirigiéndose hacia su lugar en la mesa.

Capítulo 9

A medida que los días transcurrían, cada uno de ellos, a su manera, había conseguido convivir con el otro sin que se hubieran producido sobresaltos de ningún tipo.

Sofía apreciaba los esfuerzos de su marido por agradarla, siempre de forma cortés y, aparentemente, respetando de buen grado el cumplimiento de su promesa. En aquellas últimas semanas, no había vuelto a mencionar el tema, lo que la tranquilizaba. Solamente, de vez en cuando, su mirada le provocaba un estremecimiento. En esos momentos temía su reacción. No hacía falta ser una experta en relaciones amorosas para darse cuenta de cuando se reflejaba el deseo en la mirada de un hombre.

Nicolás se había contenido, a pesar de todo, de forma admirable. El temor de Sofía provenía, cada vez con más intensidad, de su propia reacción. Se estaba enamorando perdidamente de su marido. Cada gesto nuevo que descubría en él, le agradaba. Por más que trataba de encontrarle algún defecto, no lo hallaba. Pero había resuelto no ponérselo fácil y así lo haría. Tendría que resistir un poco más.

Sofía permanecía muda, ante lo que le parecía una reacción exagerada de alegría por parte de Nicolás, teniendo en cuenta que lo único que portaba entre sus manos era una carta de invitación para pasar unos días en la finca de unos parientes. ¡Estaba exultante!

_ Pues si que has recibido con alegría la invitación_ dijo, sorprendida.

No lo sabes bien respondió con cierto tono de misterio.

En su enigmática mirada Sofía creyó advertir cierto grado de satisfacción anticipada. También observó, en la profundidad de sus ojos, un deseo intenso que le produjo inquietud. Le dio la espalda, evitando así mirarle y que pudiera leer en sus ojos, la misma excitación que ella veía en los suyos.

_Partiremos el viernes a primera hora. Lo pasaremos bien. El tío Federico y su esposa, son personas agradables y cariñosas.

Cada vez que, durante los días previos a su partida, aparecía Nicolás al alcance de su vista, se percataba, no sin cierto desconcierto, de que portaba una sonrisa permanente. Le agradaba sobremanera que su marido fuera feliz, pero había algo en aquella extraña actitud que ella no acababa de comprender. A medida que el viernes se acercaba, se intensificaba aquella sensación.

Capítulo 10

El tío Federico les recibió con entusiasmo. Momentos después, aparecía en el porche su esposa que, tremendamente afable, hizo sentir a Sofía una intensa calidez. Se respiraba un ambiente, en aquella casa, tan acogedor, que llegó a considerar al matrimonio, casi al instante, como de su propia familia, a pesar de que aquel era sólo su segundo encuentro tras el fugaz momento durante la boda en que Nicolás se había limitado a presentarles.

_ No puedo creerme, Nicolás, que al fin hayas decidido aceptar nuestra invitación. ¡Después de tantos años insistiendo!_ exclamó Federico.

_ Tío, ahora soy un hombre que aprecia otros valores en la vida. Y mi querida esposa tiene mucho que ver en ello_ afirmó Nicolás, sorprendiendo a Sofía con su declaración.

_ En ese caso, tendré que darle las gracias a esta bonita dama_ dijo Federico mientras, con una respetuosa actitud, le besaba la mano.

_ Bien, si os parece, tomaremos ahora un refrigerio para que os recuperéis del viaje y más tarde iréis a descansar un rato. Luego, si estáis de acuerdo, daremos un paseo. Así, Sofía podrá conocer los alrededores de la propiedad. Tenemos un precioso jardín que Amalia cuida con esmero y que creo que también le gustará a Sofía. Luego podemos ir a ver los nuevos potrillos. Acaban de nacer, ipero son pura raza! Da gusto ver lo bien que se desenvuelven con tan sólo tres días de vida.

Una hora más tarde, el joven matrimonio, ascendía los amplios peldaños de la escalera hacia la planta de los dormitorios, tras su anfitriona, con intención de disfrutar de una pequeña siesta.

La tía Amalia se paró ante una puerta.

_ Bueno, aquí esta. He ordenado que subieran vuestro equipaje. Llamaré a una doncella para que os ayude a ordenar vuestras cosas... aunque quizás preferís dejarlo para más tarde_ les sugirió con una pícara

sonrisa, mientras abría la puerta.

En ese instante, Sofía comprendió de dónde provenía la permanente sonrisa de su esposo. Parada ante la puerta de la alcoba, contemplaba atónita la gran cama de matrimonio.

Se recriminó a sí misma el haber sido tan ingenua. Nicolás le había tendido una maliciosa trampa. Comprendió que, desde el primer momento había urdido aquel plan, para situarla peligrosamente ante la provocación y conocer su reacción. Era inadmisibles, por otra parte, que Sofía reclamara a su anfitriona otro dormitorio para pasar aquellos días. Nadie hubiera comprendido que dos jóvenes esposos, recién casados, desearan dormir separados. Sofía sabía, que si hacía eso, destaparía la caja de los truenos y avergonzaría a Nicolás y a sí misma, también.

Querida... ¿no es de tu agrado? preguntó Amalia, con preocupación_ Disponemos de más dormitorios, si éste no te gusta. Puedo enseñarte...

_ No tía... no es eso_ la interrumpió Nicolás_ Más bien al contrario, Sofía está gratamente impresionada, ¿no es así, querida?

Sofía le miró. En sus ojos aparecía un destello de furia que sólo él percibió. A pesar de eso, Nicolás sentía bullir en su interior una pasión, como nunca antes había sentido.

Una vez solos en aquella magnífica alcoba, afloró en Sofía el nerviosismo. Nicolás observaba divertido cómo se paseaba de un lado a otro del dormitorio, inquieta y meditabunda.

_ ¿Hay algo que te preocupe, querida?_ preguntó con ironía.

Al no recibir respuesta, insistió:

_ Si te preocupa que tengamos que dormir en la misma cama, creo que no debes sentirte apurada. Es evidente, o así me lo has hecho creer, que no tienes ningún deseo de intimar conmigo y sabes de sobra que yo cumpliré siempre con tus deseos.

Ante su persistente silencio, continuó:

_ ¿Me equivoco, Sofía, cuando digo que no me deseas? Si es así, no tienes de que preocuparte.

Sofía dio un respingo al oírle y detuvo su itinerante recorrido por la alcoba. Sus ojos destellaban furiosos.

_ ¡Por supuesto que no tengo ningún deseo hacia ti!_ exclamó airada_

Es sólo... es que estoy segura de que lo hiciste a propósito.

_ ¡Querida!, ¿es que crees que puedo ser tan vil, como para tramar semejante cosa?

El tono burlón de Nicolás confirmó sus sospechas.

_ ¡Me lo prometiste!

_ Por supuesto... y cumpliré mi palabra. A menos que... como ya te dije, seas tú quien anule tal acuerdo. No veo el motivo de seguir fiel a tal pacto, si en el fondo desearas otra cosa..._ le comunicó clavando sus ojos en ella, con tal intensidad que, estremecida, buscó apoyo en la gran cómoda colocada a su espalda. Sentía como si su marido se hubiera transformado, de repente, en un engrandecido demonio tentador.

_ "... todavía no... todavía no..."_ razonaba insistente para sus adentros.

Tenía que pensar. Y tenía que hacerlo con rapidez. Tras convencer a Nicolás de que no tenía sueño, ni estaba cansada, consiguió liberarse de su compañía, convenciéndole, a pesar de su insistencia, de que mientras él descansaba ella recorrería el jardín que su tío tanto había elogiado y que para eso no era necesaria la compañía de nadie. Nicolás accedió al fin a su deseo, y la dejó marchar.

Capítulo 11

Sofía, atravesando sigilosa los pasillos, se sintió aliviada al comprobar la ausencia de los tíos de Nicolás. Presurosa, buscó en la biblioteca papel y pluma pero, decepcionada, no los halló. Casi por casualidad, descubrió lo que buscaba al pasar frente a una puerta que se abría en ese instante y de la que salía una doncella. Aquella habitación era un despacho que desaparecía ante sus ojos, en el momento en que la mujer cerraba la puerta de nuevo.

_ ¿Deseáis algo, señora? _ preguntó la doncella al verla parada ante ella.

_ No, no..., bueno... quizá podáis ayudarme, pero tenéis que prometerme que no hablaréis con nadie de esto.

_ Tenéis mi palabra, señora_ respondió asombrada la doncella.

_ Veréis, necesito enviar un mensaje. Quiero darle una sorpresa a mi marido, ¿sería posible que me consiguierais papel y pluma y un mozo que pudiera enviarlo? Os gratificaría a los dos, sin duda, pero nadie podría saber nada sobre esto.

La doncella, complaciente y eficaz, no tardó en adentrarse de nuevo en aquel despacho para entregarle a Sofía lo que había solicitado.

_ Avisaré al hijo de la cocinera, señora. Estoy segura de que no tendrá inconveniente en hacerle ese favor. Vuelvo en un momento.

Mientras tanto, Sofía, con mano temblorosa, escribía aquellas palabras dirigidas a su protectora:

“...haré lo que esté en mi mano para resistir esta noche, pero me veo en la necesidad de solicitar vuestra urgente ayuda, dado que no sé cuánto más podré mantenerme apartada de él...”

A altas horas de la madrugada, Sofía se esforzaba, afanosamente, para que todos mantuvieran el interés en aquella interminable partida de cartas. La tía Amalia apenas mantenía ya los párpados abiertos pero aún así, todos sin excepción, intentaban complacerla.

Al fin Nicolás, decidido a poner fin al evidente suplicio, tomó la palabra, determinando que era buena hora para irse a dormir. Sofía lo aceptó con resignación. Era fuerte su temor por encontrarse a solas con Nicolás en aquella gran cama, pero entendió que era imposible postergar durante toda la noche aquel momento.

Nicolás se mantenía a la espera recostado, observándola, de una forma descaradamente libidinosa.

Sofía no dejaba de dar vueltas por la alcoba intentando retrasar en lo posible aquel momento, temerosa, al mismo tiempo, de que su marido se impacientara y le reclamara por su absurdo comportamiento.

Tras ordenar minuciosamente todos los utensilios de maquillaje, doblar al milímetro cada uno de sus pañuelos y colocar con suma delicadeza sus sombreros; tras cepillarse su abundante y hermosa melena de color castaño una y otra vez, hasta sufrir el intenso hormigueo de la piel del cuero cabelludo, tuvo que rendirse ante lo inevitable. Él no se había dormido. Seguía en la misma posición y con la misma actitud provocadora. Sin embargo, Nicolás, a medida que transcurrían los minutos comprendió, con resignación, que no le iba a ser fácil conseguir su objetivo.

La confirmación de su sospecha no tardó en llegar al observar, atónito, el aspecto que ofrecía su esposa, dispuesta al fin a acomodarse en la cama a su lado.

Con sumo cuidado retiró la colcha. Meticulosamente retiró las sábanas, esforzándose por difuminar cada uno de sus pliegues. Nicolás, sin poder contenerse por más tiempo, preguntó con tono burlón:

_ ¿De verdad vas a dormir con toda esa ropa encima?

_ Tengo un poco de frío_ se justificó.

_ Querida ¡estamos en agosto!_ Nicolás no salía de su asombro, sorprendiéndose de hasta que punto llegaba la tozudez de su mujer,

blindada de ropa desde los pies hasta la barbilla, dispuesta a soportar los calores de la bochornosa noche, sólo para evitar un posible contacto físico con él.

Se convenció a sí mismo de que aquel comportamiento sólo podía estar motivado por algo en lo que, hasta ese momento, no había reparado. Concluyó que era el miedo que sentiría cualquier esposa ante lo desconocido. El miedo de la primera vez.

Capítulo 12

Nicolás continuó observándola postrada en la cama. Ella se mantenía rígida como el mármol, mirando al techo con los ojos abiertos y alerta.

Tuvo ganas de reír, pero se contuvo. No quería ofender a su delicada esposa. Por otra parte reconoció, que prefería ir a guerrear en cualquier batalla, antes que pelearse con los innumerables botones que adornaban las prendas sobrepuestas que Sofía se había puesto como escudo protector para dormir. Lentamente se acercó a ella.

_ Aún no te he dado el beso de buenas noches_ le susurró, tras lo cual posó, suavemente, los labios sobre su frente.

Sofía contuvo la respiración. Al percibir la proximidad de su cuerpo, se estremeció. Nicolás, tras besar su frente, no se retiró. Bajó un poco su rostro. Solo un poco, pero lo suficiente para que Sofía sintiera los labios de Nicolás peligrosamente cerca de los suyos. Sofía maldijo los calores infernales que le estaba provocando su cercanía y que unidos al sofoco ocasionado por su opresora vestimenta, estaban a punto de causarle un desvanecimiento. Sin embargo, la tentación era fuerte. Si su marido insistía en permanecer más tiempo en aquella incitante postura, Sofía sucumbiría sin remisión.

Repentinamente, Nicolás se separó de ella.

_Buenas noches, querida. Que duermas bien.

La desconcertó aquella retirada. Con la respiración todavía agitada, reconoció que se sentía decepcionada. Decepcionada y confundida. Muy lejos de la sensación de alivio que había supuesto que sentiría.

Nicolás, acostado de espaldas a ella, sin embargo, no se daba por vencido, muy al contrario de lo que había hecho creer a su esposa. Sólo necesitaba unas cuantas noches más y rompería la barrera que los separaba. Estaba seguro. Su respiración entrecortada, el intenso rubor de sus mejillas y el brillo de sus ojos, se lo confirmaban. Había estado a punto de ceder. Era cuestión de tiempo.

Capítulo 13

A lo largo del día siguiente, Sofía tuvo que lidiar con las intensas y profundas miradas que su esposo no dejaba de dirigirle. Una y otra vez le sorprendía observándola con llamativo interés. Sofía, sin embargo, poco experimentada en las artes de la seducción, se preguntaba cuál sería la forma de distinguir, en la mirada de un hombre, el puro deseo carnal de un amor verdadero y sincero.

Luego estaban sus propios sentimientos. Eran tan intensos como novedosos. No había previsto perder el control sobre sus emociones. Ni siquiera había previsto tener emociones. Les había restado importancia a los comentarios que, antes de conocer a Nicolás, la habían advertido de su irresistible atractivo. Había sobrevalorado su fuerza de voluntad y su firmeza a la hora de enfrentarse a un matrimonio con aquel desconocido del que, estaba segura, no se iba a enamorar. Ahora recordaba claramente las advertencias de su hermana mayor _ "...es un vividor, nunca te será fiel", "aún estás a tiempo de decir que no". También recordaba sus respuestas altaneras _ "No me preocupa, sabes de sobra que no cometeré el error de enamorarme de mi marido. ¿Es que crees que pienso pasarme la vida como un alma en pena, como haces tú, por un hombre que no se merece que llores por él ni una sola vez?"

No había calculado el efecto que Nicolás causaría en ella, como tampoco que pudiera llegar a sentir un sin fin de emociones, desconocidas hasta ese momento, capaces de arrebatarle la serenidad de un plumazo. Sólo una sabia mujer le había ofrecido consejo. Y la posibilidad de conseguir la felicidad, a la cual, decía, no había porqué renunciar. Si jugaba bien sus cartas, todo saldría bien, le había dicho.

De lo que sí estaba segura era que, si perdía el control, todos sus esfuerzos no habrían servido de nada. No habría marcha atrás. Le perdería para siempre, aún antes de haber logrado que la considerara alguien especial en su vida.

Necesitaba más que nunca el consejo de aquella persona que sólo miraba su bien. El consejo de su protectora.

El hijo de la cocinera le había asegurado que había cumplido con su petición de forma exacta. Su mensaje había sido entregado en mano. Y aunque había pasado poco tiempo, Sofía comenzaba a impacientarse por la falta de respuesta. El anochecer no tardaría en llegar y con el, se iría acercando, cada vez más, el peligro de ceder, el miedo de no ser capaz de

vencer la tentación.

A todos les sorprendió la llegada de aquel carruaje, pasada ya la hora de la cena. El primero en caminar sobresaltado hacia el porche fue el tío Federico, seguido, minutos después, por Amalia y un par de sirvientes.

Sofía y Nicolás, aunque alertados por la anómala llegada, permanecían en el salón, a la espera.

No fue mucho lo que debieron esperar para tener ante sí a la persona que había alterado la calma en aquel hogar.

Nicolás se incorporó del sillón dando un brinco, sumamente confundido y preocupado por su presencia.

_ ¡Madre!_ exclamó_ ¿Qué hacéis aquí? ¿Ha ocurrido algo?

_ No, hijo, ¡por Dios! No te preocupes. ¡Ay!, déjame que me siente. ¡Que viaje, por Dios! Ha sido horroroso.

Nicolás, presuroso, se acercó a ella para ayudarla. Federico y Amalia, la miraban no menos desconcertados que el mismo Nicolás.

Todos, expectantes, esperaban que María Elena recuperara el aliento, ansiando conocer el motivo de tan tardía aparición.

_ Querida hermana, ¿has venido tú sola?, ¿Y Eliseo?_ preguntaba ansioso_ ¿Por qué mi cuñado ha permitido que hicieras este viaje tan largo tú sola?, ¿Es que ha ocurrido algo?

_ Hermano, lo que necesito ahora es un trago de brandy y no, no le ha ocurrido nada a nadie.

Una vez hubo saciado su sed, de forma sosegada y sonriente explicó el banal motivo de su visita.

_ No sé porqué os extrañáis de esta manera. ¿Cuántas veces en estos últimos años habéis insistido, a través de montones de recaderos, para que os hiciera una visita? ¡Pues aquí estoy! A unas horas inapropiadas, lo sé. Y os pido disculpas si os he asustado. Pero no contaba con el infernal calor del camino. Tuvimos que parar varias veces a la sombra, temiendo que me diera un síncope. Ya estaba a mitad de camino, así que, o volvía

hacia atrás, o continuaba camino hasta llegar aquí.

_ Madre... francamente me desconcertáis con vuestro comportamiento. Si hubierais mandado aviso, yo mismo habría ido a recogeros por la mañana, cuando todavía el calor no es tan insoportable_ le recriminó con dulzura.

_ ¿Vas a regañarme, hijo? No era mi intención molestar...

_ Tú no molestas, hermana_ la interrumpió Federico_ no digas tonterías. Estamos todos encantados de que estés aquí. Lo primero que has de hacer ahora es cenar un poco. La sopa estaba exquisita y, aunque hace calor, una sopa templadita te sentará de maravilla.

_ Diré que te preparen un cuarto ahora mismo_ anunció Amalia, solícita.

Al fin, la noche había recuperado la tranquilidad. Sofía, inquieta, subía las escaleras tras Nicolás que, con sumo cuidado, ayudaba a su madre a subir los peldaños.

Ya en su alcoba y cómodamente acostada en su cama, hizo una petición que alivió al instante a Sofía y sumió a Nicolás en la más profunda desazón.

_ Querido hijo, por nada del mundo querría incomodarte pero...

_ Dígame, madre, pídame lo que necesite. Estaré encantado de servirla.

_ Verás, hijo... es que... lo que querría pedirte... me apena tanto pedirte una cosa así..._ dijo, con cierto aire compungido.

_ ¡Por Dios, madre! Pídame lo que quiera_ le reclamó, impaciente.

_ Si fuera posible separar a tu querida esposa esta noche de ti..., quiero decir, si tuvieras a bien permitirle que pase la noche a mi lado..., siento que, debido al cansancio, me faltan las fuerzas. ¡Si ella pudiera dormir en mi alcoba! ¿Harías eso por mí, hijo?

Sofía percibió un tenso silencio que la hizo contener la respiración. Nicolás, incrédulo, intentaba asumir dicha petición.

_ No se preocupe, madre, si eso es lo que desea, así será_ reconoció al fin, resignado_ ¿Tienes algún inconveniente, Sofía, en acompañar a mi

madre esta noche?

_ Yo... yo... no, por supuesto_ respondió, tratando de mostrar indiferencia, a pesar del alivio que sentía.

_ Sea pues, madre. Sofía os hará compañía esta noche.

Cada una de las noches siguientes, Nicolás se vio obligado a ceder, con resignación, ante los ruegos de su santa madre, que por alguna extraña razón, que no acertaba a comprender, llegada la hora de dormir, se encontraba tan indispuesta como para reclamarle angustiada la compañía de su esposa.

Malestares que, milagrosamente, llegado el día, desaparecían como por arte de magia.

Transcurrida una semana, y ante la impotencia que sentía por no haber satisfecho sus más íntimos deseos, resolvió que era el momento de regresar a casa.

Advirtiendo que su carácter empeoraba por momentos, comprendió que su estancia en el hogar de su tío, no haría sino aumentar su malhumor y su paranoia, llegando incluso a creer que su madre y su esposa confabulaban, unidas, contra él.

Capítulo 14

_ Y bien, hijo, cuéntame cómo ha ido todo_ preguntó su padre, deseoso de saber_ Desde el día de vuestra boda no hemos vuelto a hablar. ¿Te acostumbras a tu nueva vida? Por ahí se comenta que no has acudido ni una sola vez a los antros que solías frecuentar. Supongo que eso es una buena señal, que se deberá, sin duda, a que ahora compartes tu vida con una complaciente esposa.

_ Hmmmm...

_ ¿Hmmm? ¿Qué quiere decir eso?

_ Nada, padre, quiere decir exactamente nada.

_ ¿Nada, no tienes nada que decir, o nada, quiere decir que nada ha cambiado y dentro de poco volverás a tus antiguas correrías?

_ Quiere decir "nada" complaciente. Eso es mi esposa_ respondió, conteniendo su enojo.

_ Vaya... vaya..., nada complaciente_ repitió pensativo el marqués_ Pero nada, ¿significa nada? Ni siquiera... ya me entiendes...

_ Le entiendo perfectamente, padre. El matrimonio no ha sido consumado, si es lo que quiere saber.

_ Vaya, vaya. Qué curioso...

_ ¿Curioso? Yo diría extraño. Yo diría frustrante, incomprensible, pero no curioso. Curioso no es la definición acertada para mi situación conyugal_ alzó la voz, con mayor irritación a cada palabra que pronunciaba.

_ Ten paciencia, Nicolás. Lleváis dos meses casados. Ella es apenas una chiquilla... ¿supongo que serás delicado con ella?_ le reclamó.

_ No me ha dejado acercarme lo suficiente como para que pueda demostrarle lo delicado que puedo llegar a ser.

_ Entiendo. ¿Has aprendido a quererla siquiera un poco?

Reflexionó sobre aquella pregunta. ¿Quererla? Él sólo sabía que la deseaba como no había deseado a ninguna. Pero también era consciente

de que eso nada tenía que ver con el amor. Como también sabía que en cuanto mantuviera relaciones sexuales con su mujer unas cuantas veces, aquella obsesión por ella desaparecería y todo volvería a la normalidad. Entonces recuperaría el control. Eso era lo que más echaba en falta. Recuperarlo y retomar su antigua vida. Cuando el deseo se hubiera saciado, podría dedicarse de nuevo a disfrutar con sus amigos y quizás también, ¿por qué no? disfrutar de las viejas artes del flirteo y la seducción con otras mujeres. Pero primero estaba ella. Sabía que mientras no la consiguiera no podría pensar en nada más.

Nicolás no hacía otra cosa sino devanarse el seso pensando en la mejor manera de conseguir derribar las barreras que le impedían alcanzar el objeto de su deseo sin, por supuesto, faltar a su palabra. ¡Que estúpido había sido! _reconoció, enojado consigo mismo_ ¿Por qué ni siquiera se había parado a calibrar las limitaciones que le imponía aquella absurda promesa? En aquel momento le había parecido fácil hacerlo, cuando Sofía no era para él más que una simpática desconocida. Ahora, conseguirla, se había convertido en todo un reto, acostumbrado como estaba a que las mujeres cayeran rendidas a sus pies con sólo una mirada. Aquella pequeña y atrevida mujer le había desafiado, dándole a entender que soportaría todo un año sin sucumbir a los encantos por los que otras mujeres clamaban. ¿Acaso, ahora, a un coronel del ejército, distinguido y alabado como él, valiente y osado como ninguno en las diversas batallas a las que se había enfrentado, podía resistírsele una delicada damisela, aunque fuera su mujer?

“Dos meses ya _ pensó _ sólo quedan diez”. Entonces, sin saber porqué, recordó la primera y única vez que la había tenido entre sus brazos. Y recordó también con malicia, el efecto que aquel licor le había provocado a su esposa durante aquella fiesta.

_ ¡Eso es!_ se le iluminó el semblante.

Por propia experiencia, conocía el efecto devastador que podía producir en la integridad de cualquier persona, el exceso de alcohol. Una fiesta sería una buena excusa, como poco, para volver a abrazarla al compás de la música y con suerte, si conseguía emborracharla, estrenar su ansiada vida conyugal.

A Sofía le agradó la sugerencia. Al contrario que para Nicolás, para ella suponía una velada libre del tenso silencio que, cada noche, se repetía después de cenar, cuando se acercaba la hora de ir a dormir; tras el suave beso que, sin falta, Nicolás depositaba en su frente, dándole las buenas noches, cada uno se dirigía hacia su propia alcoba, como si aquel lugar no fuera más que una posada y ellos, dos desconocidos. Así se sentía ella, cada noche, al traspasar el umbral de su dormitorio. Como alguien ajeno, que sólo estuviera de paso. ¿Cuántas veces había estado a punto de caer en la tentación de correr tras él y meterse en su cama?

¿Estaría haciendo algo malo, si actuara de ese modo? ¿No era acaso su marido? ¿No deseaba más que nada en el mundo descubrir cómo se aliviaba la excitación que sentía cuando le tenía cerca? Poco conocía ella de las intimidades entre un hombre y una mujer pero, de alguna forma, estaba segura, se podrían atenuar aquellos sofocantes calores que la recorrían de pies a cabeza cuando los ojos de Nicolás la miraban con intensidad, como también deseaba encontrar algún alivio para las descargas electrizantes en toda su piel que, de tan intensas, le producían casi dolor.

Su protectora, el único apoyo con el que contaba, había alabado las maravillosas sensaciones que un matrimonio enamorado podía llegar a experimentar. Algo que, advertida como estaba, sólo llegaría a conocer si mantenía el temple y conservaba la gran virtud de ser paciente. Era mucho lo que tenía que perder si no lo hacía así. "... dos meses ya_ pensó _ sólo quedan diez"_ reconoció con angustia. ¡Que Dios la ayudara!_ rogó _ aún sabiendo que, ni con toda la ayuda celestial, conseguiría resistir.

Capítulo 15

La preparación de la fiesta la mantuvo distraída durante varias semanas. Logró olvidar por aquellos días el temor obsesivo a decaer en su resistencia respecto a Nicolás. Era tal el cansancio que le producía organizar la recepción, que caía rendida en un profundo sueño en el instante mismo en que posaba su cabeza sobre la almohada.

De vez en cuando, cierta inquietud la invadía. Transcurrían los días y no lograba descubrir el motivo de sus recelos. Tras convencerse de que debía restar importancia a tan escurridiza sensación, descubrió estupefacta su causa. Nicolás se comportaba de forma extraña, mostrando a menudo una sonrisa maliciosa y traviesa que no era desconocida para ella. Un brillo especial en su mirada que se acentuaba a medida que iban pasando los días. Un destello en sus ojos que recordaba haber advertido en otra ocasión... durante los días previos a su partida hacia la casa del tío Federico.

Doscientas personas inundaban la gran estancia preparada para la ocasión. Docenas de sirvientes se afanaban sirviendo frías bebidas que los invitados consumían sin descanso, tratando de aliviar el sofocante calor que, aún tras el anochecer, no parecía querer remitir. Sofía era halagada constantemente por su exquisito gusto en la decoración, por su acierto a la hora de decidir el ligero menú de platos fríos que tan oportunos resultaban en una noche calurosa como aquella. Pero las mejores alabanzas iban dirigidas al elegante vestido que lucía. De talle largo, en raso color negro, llamaba la atención por su sencillez. El cabello recogido en un moño alto, del que se descolgaban varios mechones ensortijados, dejaban a la vista su fino cuello, en el que resaltaba, otorgándole un halo de belleza extraordinaria, el collar de esmeraldas que Nicolás le había regalado.

Sofía se sintió satisfecha al comprobar que todo se desarrollaba con total perfección y armonía. Maravillada y rebosante de felicidad, no dejaba de mostrar una radiante sonrisa a todo aquel que se acercaba, siendo el más

recurrente Nicolás, que no dejaba pasar la ocasión, cada vez que se acercaba, de servirle una copa de licor refrescante y apetecible, que aliviaba su garganta maltrecha de tanto hablar.

Él observaba, orgulloso y satisfecho, cómo aquella mujercita encandilaba a todo aquél que se acercaba. Con su simpatía y elegancia, conseguía fascinar tanto a hombres como a mujeres, a jóvenes y viejos, a los más encumbrados nobles y a los más sencillos burgueses. Se preguntó si su mujer sería consciente de su gran poder de seducción. Tras reflexionar, dedujo que no y se dio cuenta de que ahí radicaba su encanto. Todos sus movimientos eran naturales; sus sonrisas, espontáneas y sinceras, su entonación al hablar, suave y envolvente, sin estridencias. Habían sido muchos los brindis que había compartido aquella noche, animado por los muchos halagos recibidos sobre su esposa. Quizá estaba bebiendo demasiado. Sin embargo, Sofía, a pesar de haber llenado su copa una y otra vez, no daba señales de sentirse afectada por el alcohol. Presuroso, acudió a su lado y se la llenó de nuevo. Sofía le sonrió. La luz de su mirada, lo traspasó intensamente. “¿Por qué no era consciente de su belleza? _caviló atormentado_ ¿Por qué no te das cuenta de que me estás volviendo loco?”

_ Nicolás, ¿te encuentras bien?_ le preguntó Sofía con preocupación.

_ Estaría mejor si mi mujer me hiciera el honor de bailar conmigo.

Sofía dejó de sonreír. Había tal profundidad en su masculina voz y en sus ojos tal expresión de anhelo por estar con ella, que tuvo que reprimir el fuerte deseo de besarle.

A Nicolás no le pasó desapercibida la forma en que lo observaba embelesada. Sofía, de forma espontánea e inconsciente se mordía el labio inferior, en un gesto que a él le resultó de lo más sensual y tentador. A pesar de que el efecto del alcohol mermaba sus reflejos, no le pasó inadvertido tampoco el hecho de que Sofía pareciera fascinada en la contemplación de sus ojos primero, de sus labios después, sucesivamente, una y otra vez. Incluso para los invitados que se hallaban a su alrededor, era evidente la corriente de excitación y atracción que se producía entre ellos que, en silencio, no apartaban la mirada el uno del otro.

_ ¡Vamos, parejita, disfrutad de vuestra luna de miel!_ dijo uno.

_ ¡Ay, quién pudiera ser joven otra vez!_ añoró otro con tristeza.

Comentarios y pícaras sonrisas abundaban al paso de los esposos de camino a la pista de baile.

Cuando rodeó su cintura y la apretó contra su cuerpo, Nicolás disfrutó de una novedosa sensación. Probablemente habían sido decenas de mujeres

las que había sujetado de esa forma a lo largo de su azarosa vida de soltero. Pero, el hecho de que aquella, no era simplemente una mujer, sino que además le pertenecía, supuso para él un descubrimiento sorprendente. Era la primera vez que valoraba un detalle tan insignificante como el de rodear, con su brazo, el talle de una mujer. La primera vez que la palabra "posesión" cobraba significado en su vida. Cuando acercó la barbilla a su pelo, y aspiró su agradable aroma, le sobrevino un fugaz y delirante placer. Pero fue al abrazarla más contra su pecho y percibir el contacto de sus senos cuando, no una, sino mil alarmas sonaron en su interior.

Sofía percibió su inquietud y se separó de él. Oír su entrecortada respiración la había puesto en alerta, sorprendida por el embriagante efecto que en ella causaba. Cruzó los brazos sobre su pecho, a la defensiva. Nicolás mantuvo su atormentada mirada sobre ella unos instantes. Sofía, expectante y temerosa, buscó en sus ojos una explicación a su inquietante reacción. Él no parecía estar bien. El ceño fruncido y su desconcertada mirada, se lo indicaban.

_ Nicolás... ¿te ocurre algo?_ preguntó tímidamente.

_ Sí. Lo que nunca pensé que me sucedería_ contestó, tras inspirar profundamente. A continuación, se alejó de ella, dejándola sumida en un mar de dudas.

¿Qué había pasado? ¿Qué absurdo impulso le había llevado a abandonar a su esposa en medio del salón de baile?_ se lamentó_ ¿No hubiera sido más adecuado besarla, tras descubrir que se había enamorado de ella? ¿En qué momento, la atracción física que sentía por ella, se había convertido en tan dulce e intenso sentimiento? ¿Cómo podía ocurrir algo así, de forma tan repentina? ¿Y cómo podía ocurrir algo así cuando uno se afanaba tanto porque no ocurriera jamás?

Constatar que había perdido el control le abatió, convencido como estaba de que aquello era sinónimo de pérdida de libertad. Entre la oscuridad del jardín, alejado del bullicio, recordó el día en que su padre le había hablado de Sofía por primera vez. Ahora se daba cuenta de que había sido ilusorio creer que aquello no iba a cambiar su vida. Incluso su propio padre le había tranquilizado al respecto, diciéndole que cuando estuviera casado, podría continuar, de forma discreta, con su disoluta vida. Pero no le había mencionado la posibilidad de sentirse fascinado por su propia esposa y eso le aterraba. ¡No! ¡No lo haría! No se daría por vencido ¡Jamás se sentiría

preso de sus sentimientos por una mujer, aunque fuera la suya!

Con gran determinación decidió que, para empezar, el día siguiente lo pasaría lejos. Lejos de su casa, lejos de Sofía. Fortalecería sus defensas alejado de aquella situación. Visitaría a sus viejos amigos. Cualquier cosa, excepto sucumbir a la tentación de tenerla cerca. De pronto comprendió que ya no le importaban aquellos diez meses que estaban por venir, sino al contrario. Le serían necesarios para dejar reposar las ansias por estar con ella. Según avanzara el tiempo, ciertamente, se apagaría el caudal de pasión que le embargaba. Pasaría. Estaba seguro.

Capítulo 16

Sofía se mantuvo con los nervios a flor de piel el resto de la noche. No veía el momento en que la fiesta llegara a su final. Exultante de felicidad por la determinación que había tomado al fin, aunque sufriendo los efectos de una desbordante excitación, se afanaba en planear su encuentro con Nicolás. Había decidido que aquella noche, era la noche ideal. El delicioso aturdimiento que le había provocado el licor, unido a la certeza de que su marido anhelaba su cercanía, la harían vencer su timidez. La decisión estaba tomada. Esa noche consumirían su matrimonio. El hecho de que Nicolás se mantuviera alejado de ella, el resto de la noche, no hizo que su ánimo decayera. Más bien al contrario, justificó su distanciamiento al deducir que se debía a una forma de autocontrol para no sucumbir a la pasión, en tanto los últimos invitados no hubieran abandonado la fiesta.

Los rezagados de última hora comenzaban a irritarla. Aún comprendiendo que sería una descortesía por su parte desaparecer antes de que el último invitado hubiera abandonado la fiesta, la tentación era fuerte y la impaciencia la devoraba por dentro. Un último vistazo al salón, la convenció de que su presencia ya no era necesaria. No más de diez hombres permanecían aún en la estancia y debido a su estado de embriaguez dedujo que ninguno echaría en falta a la anfitriona. Por otra parte, Nicolás, atendía a sus últimos invitados con esmero, sin dar muestras de desear que aquello llegara a su fin, más bien al contrario, departiendo interesado con unos y con otros, parecía ignorar que ya casi estaba amaneciendo.

Durante unos instantes, reparó en el atractivo que emanaba de él. Ofrecía un aspecto descuidado. Unas oscurecidas ojeras reflejaban su cansancio. La incipiente barba, le daba un toque intensamente masculino que a Sofía le resultaba de lo más atrayente. Mientras observaba el rebelde mechón de su negro cabello, cayéndole sobre la frente, se permitió a sí misma reconocer, que se sentía afortunada por ser la dueña y señora de un hombre como aquél. Sin duda, el más atractivo que había conocido en su vida. No, no podía postergarlo más. Se moría de ganas de besar aquellos labios, de acariciar su piel, de dormir entre sus brazos...

De súbito, reparó en que él la miraba con intensidad. Un ardiente rubor encendió sus mejillas al sospechar que en su rostro se estarían reflejando todos sus anhelos de mujer enamorada. Con la certeza de que Nicolás habría adivinado sus sensuales deseos, se giró con rapidez y avanzó con premura hacia la escalera. Con la mano en la barandilla, ascendía, escalón

tras escalón, manteniendo los ojos cerrados, disfrutando intensamente del momento. Saboreando la sensación que le producía adivinar que su marido, desde su posición, no dejaba de observarla mientras subía.